

María Mercedes¹

Miguel Méndez Camacho

Decano

Facultad de Comunicación-Periodismo
Universidad Externado de Colombia

María Mercedes se salió de la fiesta, dando un portazo como siempre, y yo sigo buscándola. Fue este último viernes, hacia el amanecer. Tenía 58 años, una hija, cuatro o cinco libros de poemas, un pasado repleto de cicatrices y fantasmas, deudas y amoríos pendientes; debía estar sobregirada en afectos y en bancos, pero tenía dos casas: el empinado apartamento de la Macarena, que pagó por cuotas, y la solariega casa de José Presunción Silva, que se tomó a la brava y manejaba como si fuera de ella. Tenía miedo, estaba sola, triste y pependciera. Había sido bella como toda mujer que se desea, pero estaba entregada a la amargura de envejecer con rabia en un país de locos por comodidad, que cierra los ojos y se taponan con cera los oídos, como Ulises, el amante que no escuchó su ruego:

*Quiero que Ulises me haga el amor
y en la cama me cuente
cómo eran los vestidos de Helena
y si París fue como lo pinta Rubens.*

María Mercedes se salía de las fiestas, pero dejando indicios para que fueran a buscarla, o regresaba. Cuando éramos jóvenes ése era un ademán de su insolencia, un gesto suyo de coquetería. Hace siglos, David Bonells se condeció conmigo de mirarla partir del bar donde bebíamos, alegando una cita, un

compromiso impostergable en la 63 con cuarta. La 63 es la calle con más repeticiones en el abecedario de la nomenclatura y la cuarta era entonces una ruta siniestra. Decidimos buscarla y tomamos un taxi que subiera y bajara los columpios de la 63, y en algún paradero la encontramos sonriente, dichosa de sentirse la aguja en el pajar de una noche de lluvia. Todavía me dura esa alegría.

Otras veces, como dueña de casa, incómoda en alguna discusión, suspendía el servicio de copas y de malas maneras nos echaba a la calle. Ya se estaba quedando sin amigos, en una Bogotá cada vez más inhóspita:

*Ciudad a medio hacer, siempre a punto de
parecerse a algo
como una muchacha que comienza a menstruar,
precaria, sin belleza alguna.*

Envejecida, sola, asustada y rabiosa, cómo no iba a salirse de su vida, que no era divertida, si tenía la costumbre de irse de las fiestas, sin motivo alguno.

*Nada me calma ni sosiega:
ni esta palabra inútil, ni esta pasión de amor,
ni el espejo donde se ve ya mi rostro muerto.
Oídme bien, lo digo a gritos: tengo miedo.*

¹ María Mercedes Carranza, escritora y directora de la Casa de Poesía Silva, se suicidó en Bogotá, en la noche del jueves 10 de julio de 2003. Este texto alude al dolor de su muerte y comenta parte de su obra. (El editor).

Como si fuera poco, siempre se había sentido inútil:

*He aquí que llego a la vejez
y nadie ni nada
me ha podido decir
para qué sirvo.
Sume usted
oficios, vocaciones, misiones y predestinaciones:
la cosa no es conmigo.
No es que me aburra,
es que no sirvo para nada.
Ensayo profesiones,
que van desde cocinera, madre y poeta
hasta contabilista de estrellas.
De repente quisiera ser cebolla
para olvidar obligaciones
o árbol para cumplir con todas ellas.
Sin embargo, lo más fácil
es que confiese la verdad.
Sirvo para oficios desuetos:
Espíritu Santo, dama de compañía, Estatua
de la Libertad, Arcipreste de Hita.
No sirvo para nada.*

Y ya estaba perdiendo la pelea con un Alcalde voraz que pretendía despojarla de la Casa Silva, para utilizarla en su campaña croactiva de los días con cebras pero sin poesía. Ese payaso triste que estaba en el entierro, como siempre, exhibiéndose, mostrándonos el culo de su filosofía.

Con los amigos nos sucede como con el entorno, que de tanto mirarlo no lo vemos, porque a veces los árboles no dejan ver el bosque. Y hablando de poetas es más triste: no nos leemos, o lo hacemos de afán, apresuradamente. Jamás les dedicamos el tiempo y la emoción que malgastamos en autores ajenos. Con María Mercedes compartimos nuestras iniciales, el inspector Maigret, el agobiante aroma del coñac y muchos recitales para leer en público media docena de poemas, casi siempre los mismos, y procedíamos a celebrarlo sin mencionar los versos. Igual que los cocheros o los cirujanos

que cuando se embriagan no hablan ni de anestésicos ni trasteos. Ese era nuestro oficio, en cierta forma, y teníamos una altanera identidad de gremio. Pero nunca me ocupé de su obra con la paciencia o la pasión que me hace presumir de especialista en Borges o Neruda; ese complejo de turismo intelectual que nos lleva a visitar los museos de Londres o de Praga, sin haber conocido Maloka o el Museo Nacional.

El sábado en la noche, al regreso de su crematorio, desbaraté mi biblioteca para buscar sus libros refundidos en mi desorden de palabrerías. Y me senté a leerla lentamente, adolorido y apesadumbrado. La leo y la releo para confirmar esa verdad de a puño de su poesía, valiente y arrogante, inconforme e irónica, lúdica y mordaz, cínica y desesperanzada.

Como era la hija de un poeta de contagiosa lírica, escribió desafiante sin Teresas ni arroyuelos azules, sin jilgueros ni ríos. Su obsesión era lo cotidiano: las cuentas del mercado, el maquillaje, el pescado frito en la cocina, los inconstantes amoríos, el esmalte de uñas, el cepillo de dientes, los amantes desagradecidos, la cortesía y santas pascuas. No acariciaba las palabras como lo hacía su padre, les faltaba al respeto, se burlaba, les daba cachetadas.

*Si es cierto que alguien
dijo hágase
la palabra y usted se hizo
mentirosa, puta, terca, es hora
de que se quite el maquillaje y
empiece a nombrar, no lo que es
de Dios ni lo que es
del César, sino lo que es nuestro
cada día. Hágase mortal
a cada paso, deje las rimas
y solfeos, gorgoritos y
gorjeos, melindres, embadurnes y
barnices y oiga atenta
esta canción: los pollitos dicen
pio pio pio cuando tienen
hambre, cuando tienen frío.*

María Mercedes pareciera contenta, traviesa, juguetona, pero mirándola despacio, su obra tiene un sonsonete de responso; no la recorre una bandada de palomas, la atraviesa el batallón mortuorio de las moscas, que dibuja el mapa de Colombia en la portada de su último libro de enlucido treno: *El canto de las moscas*.

Era antigua esa tristeza que escondía: desde la muerte de Luis Carlos Galán y Genoveva Samper, del oculto suicidio que Aseneth Velásquez le había prometido compartir, del secuestro de su hermano Ramiro, de sus reiteradas depresiones y de su mal de amores. Por eso se atreve a aconsejarle en verso a la señora Arnolfini: *“dedíquese a coleccionar llaveritos y hágase la cirugía plástica; después tome barbitúricos. Haga algo señora para no verla morir entre memorias tristes”*.

En una rosa para Dylan Thomas, un texto de trágica belleza, desde el epígrafe se asume solidaria con la muerte. El poeta británico decía:

*“Murió tan extraña y trágicamente
como había vivido, preso de un
caos de palabras y pasiones sin
freno... no consiguió ser grande,
pero fracasó genialmente”*

Y María Mercedes le hace coro repitiendo que no quiere salvarse, porque decide que todo está perdido.

*Ni el poder ni el dinero ni la gloria
merecen un instante de la inocencia que lo
consume;
no cortará la cuerda que lleva atada al cuello.
Le bastó la dosis exacta de alcohol
para morir como mueren los grandes:
por un sueño que sólo ellos se atreven a
soñar.*

La muerte y el amor nos viven acechando, pero golpean distinto. Si el orgasmo es la única agonía memorable porque es repetible, el erotismo es el aprendizaje de la muerte. María Mercedes lo sabía y en el proyecto de escribir sobre este tema andaba entretenida; debía ser su escalera de incendios para entrar y salir a escondidas de ese asunto que ya tenía maduro: tomarse de un envión su dosis mensual de Prozac, la supuesta pastilla de la felicidad, y un botellón de whisky. Ella se fue sonriendo, me imagino, me conviene creerlo; pero a quienes la queríamos nos amargó la vida y nos dejó tristiando.

*No más amaneceres ni costumbres,
no más luz, no más oficios, no más instantes.
Solo tierra, tierra en los ojos,
entre la boca y los oídos;
tierra sobre los pechos aplastados;
tierra entre el vientre seco;
tierra apretada a la espalda;
a lo largo de las piernas entreabiertas, tierra;
tierra entre las manos ahí dejadas.
Tierra y olvido.*

Esta oración la leímos escrita sobre uno de los muros de la Casa Silva, donde lucen los rostros de sus poetas muertos. Alguien nos dijo que era su última protesta premonitoria. Puede ser muy poético, pero no es cierto. Es un texto de quince años atrás, equivocado de intenciones. Nunca llegó a la tierra que se quedó esperándola, se consumió en el fuego.

De esa silenciosa ceremonia me seguirá doliendo ese rito sin curas, letanías ni novenario, porque había apostatado de su religión. Para extrañarla nos será suficiente sentir pasar el viento.

